

BIOBÍO

LOS MEJORES
100
CUENTOS

XIII
VERSIÓN

EN 100

PALABRAS

BIOBÍO EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA DECIMOSEGUNDA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plágio
Julio de 2024

Selección | Fundación Plágio
Dirección de Arte y Diseño | Fundación Plágio
Edición | Sebastián Astorga Ariztía

Inscripción nº 2024-A-5740 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-62-0
Tiraje: 20000 ejemplares
www.biobioen100palabras.cl

Impreso en Santiago de Chile por Aimpresores
DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

BIOBÍO

LOS MEJORES
100
CUENTOS

XII VERSIÓN

EN 100

PALABRAS

En estas páginas encontrarás los cien mejores cuentos de la pasada edición de Biobío en 100 Palabras. Estos breves textos nos permiten conocer los recuerdos, fantasías y añoranzas de personas distintas entre sí, pero que comparten la región en que viven.

En estos relatos podemos leer, por ejemplo, cómo es la vida de una niña de 14 años en Tirúa, sobre el pasado y el presente en Lota o sobre la experiencia de andar en micros galácticas por Concepción.

Como CMPC estamos orgullosos de ser parte de este proyecto que ha reunido más de cien mil cuentos en sus trece años de historia y que se ha convertido en un espacio de participación muy querido en el Biobío. Estos relatos son un registro invaluable de quienes caminan a diario por las calles de la región.

Celebramos la creatividad que reúne este libro y ojalá se

sigan sumando miles de historias que nos emocionen,
nos hagan soñar y nos inspiren.

¡Esperamos leer tu historia en esta nueva edición de
Biobío en 100 Palabras!

EMPRESAS CMPC

Con esta nueva edición del libro de los mejores 100 cuentos de Biobío en 100 Palabras, celebramos la décimo tercera versión de un concurso que ha reunido a miles de personas en torno a la escritura. Nos llena de alegría ver cómo, año tras año, este proyecto se ha consolidado como un espacio de expresión y creatividad para los habitantes del Biobío.

A lo largo de esta historia, hemos recibido cerca de 110 mil relatos que se han transformado en ventanas únicas hacia la vida y experiencias de quienes habitan la región. Creemos firmemente que la escritura es un ejercicio que nos permite apreciar la riqueza de nuestro entorno desde múltiples perspectivas y Biobío en 100 Palabras ha demostrado ser una plataforma fundamental para plasmar estas visiones.

El libro que tienen en sus manos reúne los 100 mejores cuentos de la última convocatoria. Les invitamos a sumergirse en estas páginas, a dejarse inspirar por las voces que

aquí se presentan y a contribuir con sus propias historias. Cada palabra cuenta, y juntos seguimos escribiendo la historia de la Región del Biobío.

¿Y si de pronto todo quedara en silencio? ¿Qué secreto guarda el canto del chucao? ¿Y si las estrellas bajaran por una noche? Esperamos leer tus respuestas y nuevas preguntas en esta nueva edición del concurso.

FUNDACIÓN PLAGIO

Vivir el Biobío

A pata pelá, echarse en la arena, en los pastos, en la tierra. Vivir nuestros ríos, vivir nuestros mares. Vivir el calor del sol, el frío de la noche, olvidar las horas. Improvisar los viajes, subirse a la aventura de explorar y que el cuerpo te lleve, las ganas, los sentires. Conocer los entornos, camuflarse, fundirse en ellos. Hablar de pesca, de la luna, las estrellas. Hablar de la vida, de lo bueno, de lo malo. Acompañarse en el silencio, contemplar. Escuchar los croares, el trinar, los grillares. Buscar palitos, el líquen, la yesca y prender el fuego.

CAMILA MORALES VALENZUELA, 35 años, San Pedro de la Paz.

El río

Me parece verlo nacer de las entrañas de la tierra y a medida que avanza cuesta abajo serpenteando entre cumbrones, faldeos y rocas, en su recorrido loco y aventurero va creciendo, adquiriendo fuerza, belleza y vida, por ello algunos ambiciosos han intervenido su cauce varias veces quitando parte de su belleza y existencia. Es una arteria con meandros, cascadas, arenas negras y aguas templadas, originario del lago Laja del cual hereda su nombre, dándole el nombre a mi comuna, donde desemboca en una gran vena llamada Biobío.

JOSÉ RIQUELME VILLA, 63 años, Laja.

Nueva región

¡Qué cara de asombro y frustración puso el niño cuando en clases de Historia en su Escuela Santa Filomena se enteró que su casa, a partir de ahora, dejaría de estar en la Región del Biobío! Le había costado tanto aprenderse los nombres de las provincias Ñuble, Concepción, Arauco y Biobío, y ahora tendría que aprender provincias nuevas. Maldijo su suerte.

MARÍA JOSÉ RETAMAL PÉREZ, 45 años, Tomé.

Los durmientes

Primer Lugar

Acostados en medio del camino, rememorando una historia que se niega a ser olvidada, cuando el carbón era sustento, oro negro en las fauces de la tierra. Aún se escucha el vociferar de antaño, el ruido de la máquina golpeando el viento, la estela de humo marcando la vía. Pero ahí están, a orillas del mar o en medio de la nada. Inmóviles. Inconscientes del paso del tiempo, dejando huella del pasado, esperando que algún día alguien tropiece, mire el suelo, los divise y exclame con intriga. Esperanzados de que alguien recuerde el repiqueteo de la máquina que estuvo viva.

CAMILA RIQUELME MORA, 25 años, Concepción.

El extraño collar de mi abuela

Mi abuela de chica trabajaba en una casona en Penco, un día estaba remendando un vestido de la patrona y muy cerca de ella llegó un san juan, ella lo atrapó y disponiéndolo sobre la mesa lo clavó con un alfiler. Cuando el bicho dejó de moverse, ella percibió un zumbido atroz, al levantar la mirada vio a miles de escarabajos cubriendo todas las superficies de la habitación. Horrorizada, a lo único que atinó fue a rezar, rezó como nunca y con todo su corazón, los bichos desaparecieron. Solo conservó al escarabajo del alfiler. Se hizo un collar con él.

SERGIO PALAVECINO HERRERA, 33 años, Concepción.

Pünon mawiza meu

Premio al Mejor Relato en Mapudungún

Zewma ngelu tufachi mapu, chilkatu lepüy ayun mapu mew, ka mawiza mew, yewüy inche Luisa. Ñi Mongen pütal pütal ngey inaltu pitrén ñi kutral mew, ella zumzumun ñi ruka mew ñi chaw inchiw muley nutram kay kay ka treng treng, awkantun ti trayen mew, lelin ti kalfu wenu mapu, pewman ti üñum mupuy tañi lonko mew kiñe antu yeaenew ñi mupumew ti wingkul mew pualu lafken mew.

CECILIA BARRÍA BARRIENTOS, 59 años, San Pedro de la Paz.

Mis huellas en la montaña

Cuando Dios creó este mundo, estaba escrito que en un lugar hermoso de esta tierra, en la montaña, naciera yo, Luisa. Mi vida comenzó a latir alrededor del humo del fogón, compartiendo atardeceres en la ruca, con mi padre relatando a Kay-Kay y Tren-Tren, jugando en el estero, viendo el azul del cielo, soñando que esa ave inmensa que volaba sobre mi cabeza un día me llevara sobre sus alas desde el cerro hasta el mar.

Aillen

Al compás de los sonidos del kultrún la machi Amancay invocaba a los dioses de las cascadas cristalinas. Rogaba por la pequeña Aillen que se encontraba postrada desde aquel día en que comió masas fritas cargadas de pelos de un extraño animal del monte. La machi friccionaba el afiebrado cuerpo de Aillen con emplastos de pétalos de campanitas púrpuras, pero el mal no se iba. Ante esta grave situación le dio a beber pócimas de boldo, laurel y culantrillo. Al amanecer, por fin, Aillen abrió sus ojos y nos sonrió en medio de la humareda de las hojas del canelo.

PATRICIA POBLETE ARELLANO, 70 años, Concepción.

Jubilación

Día feliz, hoy me jubilo, bien emperchao y oloroso me dirijo a la AFP, 45 años entre minas y pirquenes se terminan. Llego a Conce, calle O'Higgins, saco mi número de atención y pienso qué haré con mis 30 millones... si en la tele dijeron que la plata era mía, compraré un lindo traje para mi vieja, botaré el colchón con hoyos, arreglaré el techo que se goteó en invierno, pienso y pienso. Pase don Eustaquio, los 30 millones se entregarán de 90 mil mensuales hasta los 105 años. Lágrimas en mis mejillas, mañana de vuelta al pirquén.

RAÚL IBARRA TORRES, 68 años, Hualpén.

Escapadita a la playa

Tomo micro, me pongo mis audífonos y deseo escuchar Los Bunkers. Veo por la ventana personas deseantes, la micro se detiene y observo a un gato anhelar la sopapilla del carrito. Llego a Penco, me bajo del bus y grito: ¡Gracias! Camino y veo gaviotas querer una miga de pan. Bajo unas escaleras, me acomodo en la arena sintiendo la brisa, me siento tranquila y serena, admirando la vista marina que asemeja una pintura. Pues me di cuenta que el deseo estaba en todos y todo lo que contemplaba, pero con esta vista se elimina este sufrimiento de mi voluntad.

VALENTINA MOLINA OJEDA, 18 años, Chiguayante.

Falsas nostalgias

Un día empecé a extrañar los 80. Creo que lo que más echo de menos es que en esa época los penquistas intercambiábamos discos y casetes en vez de mensajes. Nos juntábamos a tocar música, o simplemente a escucharla. Era típico que en los asados alguien salía con algún disco nuevo de The Who o The Kinks que los demás no conocíamos todavía. «Eran buenos tiempos», pensé, un poco triste. De repente, recordé que nació el 99, y me puse aún más triste.

MARÍA JOSÉ BALLADARES ARANEDA, 24 años, San Pedro de la Paz.

El cíclope

Mención Honrosa

Y cuando el viento golpeó con la más grande de las fuerzas, cuando todos los penquistas trataban de no ceder ante la potencia de la naturaleza y cuando parecía que las estatuas de la Universidad de Concepción comenzaban a bailar una danza macabra, una serie de campanadas sonaron con una imponente fuerza melódica, haciendo que el feroz viento desertara de estas tierras con una alarmante inmediatez. Pasado ya el mediodía, el cíclope, guardián de estos lares, regresó a su estado de mudez, esperando la llegada de otro día donde el viento azote la ciudad, para ahuyentar el feroz vendaval de Bóreas.

VICENTE LÓPEZ GÓMEZ, 23 años, Concepción.

Temblor en la casa del deporte

Estaba yo en el último asiento de la galería en la Casa del Deporte de la Universidad. En el escenario, Cecilia cantando sus hermosas canciones. Eran los años 60 y yo tenía 17 años. Repentinamente un fuerte ruido subterráneo seguido del crujir de las instalaciones nos estremeció. El gimnasio estaba a tope, pero quedaron solo dos personas adentro: Cecilia, que siguió su canción, y yo, muy tranquilo en mi último asiento, ambos del mismo apellido, casualmente. El público regresó y la aplaudió a rabiar. Años más tarde se lo conté cuando nos visitó en nuestra casa en el Cerro Dragón.

SERGIO PANTOJA MUÑOZ, 78 años, Penco.

Viaje al Concepción del pasado

Quedamos de juntarnos en el reloj. Fuimos a ver la matiné al cine Romano. Luego compramos un barquillo en el Di Marco. Lo comimos mientras mirábamos los peces de colores de la pileta de la plaza de armas. Fuimos a vitrinear a Donde Golpea el Monito y al Corte Fiel. Las Longanizas Tirol, y el antiácido en farmacias Marsano. Algunas compras en Multimarket y otras en el supermercado Capponi. Un completo con un schop en el Don Alonso, un café en El Caribe. Ya es hora de regresar a casa. La Sotrabil me espera afuera del correo.

MANUEL MERIÑO ORTEGA, 51 años, San Pedro de la Paz.

¿Cómo llegar?

Si ando en el centro y alguien me pregunta el nombre de una calle o qué micro va para qué parte, lo sabré y le responderé a esa persona, porque desde que era chico siempre estaba pendiente de leer los letreros y variantes de las micros, como también los nombres de las calles. Ahora, si me preguntan cómo llegar al corazón de alguien, probablemente no le sabré responder, pero si me dan una dirección para ello, estoy totalmente seguro de que sabré llegar y si ese corazón me está esperando en Plaza Perú, sabré que la Rengo Lientur me puede llevar y llegaré.

JORGE SOTO LOBOS, 26 años, Concepción.

Rumbo al colegio

Sonaba el reloj a las 6 de la mañana. Nos levantábamos, duchábamos y nos íbamos de inmediato a la cocina, donde mamá nos tenía preparada la deliciosa leche con chocolate y el sabroso pancito con miel... Así, llenos de energía corríamos felices a tomar la micro que salía repleta de estudiantes. Era toda una odisea alcanzar a subirnos. Éramos muchos, entre alumnos de básica, media y los más grandes rumbo a la universidad. Así partía el viaje rumbo al colegio, desde Hualqui a Concepción, disfrutando la vista del majestuoso e imponente río Biobío.

ORINETTE RIQUELME HUIDOBRO, 63 años, Hualqui.

Te encontré

En la población de La Greda, Penco, en el Biobío, hay un niño entremedio de la oscuridad, está sudando y nervioso. Él sabe que algo lo persigue. Pasa casa por casa escondiéndose donde puede, para que esa cosa no lo vea, entra a un corredor oscuro, siente la presencia de la cosa entrando por el corredor, con nervios y sudoroso, con su último aliento tocó la pared y dice un, dos, tres por mí.

BASTIÁN ESTAY ACUÑA, 12 años, Talcahuano.

Apareció en Lenga

Era el mediodía del primer día del año en la playa de Lenga cuando él apareció con su barba, su pelo largo y sus ojos claros. Descalzo, con su torso desnudo, mostraba las marcas de latigazos. La gente acudió a saludarlo, lo tocaban, le pedían milagros, le preguntaron si él era Jesús, y él les contestó que sí, pero que su nombre era Jesús Leiva, y que si lo dejaban vender aros y pulseras para tener plata para comer un mariscal.

SILVIO MERELLO MARCHANT, 48 años, San Pedro de la Paz.

Estero veneciano

Comenzaron las vacaciones de verano y el chico le preguntó a su mamá: «¿Cuándo conoceremos otra cultura? ¿Alguna vez viajaremos?». Ella dijo: «¡No se diga más, hoy mismo nos vamos!». Armaron un bolso y tomaron el Expreso Chiguayante, en 20 minutos estaban llegando a su destino, un gondolero con polera a rayas y sombrero les invitó navegar por el estero veneciano por un módico precio.

PABLO SOTO ORMEÑO, 38 años, Arauco.

Fuerte El Morro

El eco de un grito desafiante, «¡camina, pues, huevón!», se fundía con el silbido del viento, rozando la varilla que abatiría sobre su espalda. Una vez más allí, descendiendo peldaño a peldaño hacia «La Embajada», tembloroso, sollozante, la mente inquieta por el destino de su compañero quien había sido apartado horas antes en la madrugada ¿Acaso lo habrían conducido al túnel sur? Incapaz de discernir quién sería presa de peor suerte ante la irracionalidad de sus captores, rozando el último escalón, un clamor se alzó en el aire: «¡GOOOOOL!», anticipando un cañonazo que impregnó el ambiente del Estadio El Morro.

HANS MERINO MARTÍNEZ, 21 años, Talcahuano.

Yo atajo

«Yo atajo», decía Simón a los niños mientras se ubicaba en el arco sur de la cancha de la plaza Cruz. Esa era la rutina en los días de verano: chutear una descolorida pelota, haciendo tiempo para la apertura nocturna del Hogar de Cristo. A veces venía del trabajo con un «gato» bajo el brazo y un azadón en el hombro, útil para sacar maleza a cambio de unos pesos. Cada semana Simón enflaquecía más y su semblante se tornaba amarillo pálido. Nadie supo del día en que sus piernas no atendieron y el arco sur quedó solo.

FRANCISCO LAGOS TORRES, 22 años, Concepción.

Verano en Curanilahue

Esos veranos en Curanilahue me llenaban el corazón, iba tomada de la mano de mi abuela mientras me enseñaba la gran escuela Ramiro Roa donde estudió sus primeros años de básica mi padre, en las que no había chance de llegar tarde puesto que vivían al lado de la escuela, en esos años donde después de la jornada se quedaban en el patio de la casa comiendo los mejores duraznos o los llevaban en canastas para luego ir al Balneario, la piscina municipal de Curanilahue, donde se pasaban las tardes escuchando clásicos en casetes y nadando hasta que el sol apague.

JOSEFA RIVERA FABÚNDEZ, 15 años, Concepción.

Un niño con un sueño

En la oscuridad de la noche un balón solitario descansaba en la calle desierta. De repente una ráfaga de viento lo hizo rodar hasta detenerse frente a un viejo edificio. Desde la ventana un niño lo observaba con ojos brillantes. Sin pensarlo dos veces bajó corriendo para desafiar al silencio de la noche. El juego comenzó y, con cada toque, el balón cobraba vida propia. Sus risas llenaron el aire creando una sinfonía de alegría. En ese instante el niño comprendió que no importaba el lugar ni la hora; el fútbol siempre unía corazones con un solo latido.

TOMÁS MUÑOZ TIZNADO, 14 años, Concepción.

El árbol mágico

Un día paseando por el parque Ecuador de Concepción, mi abuela me cuenta la historia del gran árbol mágico que cumple tus deseos. Como era pequeña pensé que solo era otra leyenda de mi abuela, pero igual pedí un deseo. Pedí algún día poder volar y ahora cada vez que visito a mi abuelita y cruzamos el río Biobío ¡pareciera que volamos! Veo los peces desde lo más alto, las gaviotas vuelan a mi lado y las ovejas corren asustadas en la orilla por el ruido del Biotren.

FLORENCIA OYARZÚN NOVA, 11 años, San Pedro de la Paz.

Partenón griego

A las 6 se juntaban a tomar once mirando el atardecer, mientras espantaban gaviotas como si fueran mosquitos, con sus manos colosales. Cuenta la leyenda que quien entraba al Cerro Chepe no volvía a salir. El impacto de los gigantes los infartaba, y el secreto seguía bien guardado. Cuando aumentaron los molestos humanos, tomaron sus cosas y migraron. No pudieron llevar la mesa, pero mantienen la esperanza de volver a tomar once una vez más, viendo el atardecer cuando sean viejos.

DANIELA CARRASCO BELMAR, 31 años, Chiguayante.

Cocholgüe

Lugar de cholgas, mar y tranquilidad. Hogar de Patricia, una chica de pelo largo que vive cerca de mí. Su mirada te contempla y penetra hasta adentro. Cuando se gira, su pelo se desliza junto al mar; y cuando se devuelve, su sonrisa ilumina todo y me mira, esperándome. Pienso que es peligrosa y contrasta con lo dócil de la caleta. Ella eleva volantines en la playa y escribe poemas, canta por las mañanas y llora por las noches. Es arena de la playa... el color del mar brillante. Ella es Patricia, y a mí me gusta pensar en ella.

PATRICIA RODRÍGUEZ AGUILAR, 39 años, Tomé.

No hay calma después de la tormenta

En una noche de tormenta despegamos urgentemente. Nuestro avión estaba preparado para estos eventos meteorológicos. A mitad del vuelo empezaron las turbulencias y las comunicaciones empezaban a fallar. Luego de unos minutos el avión quedó incomunicado, sin radares, sin comunicaciones, nada. Una extraña sensación nos acechaba. Brutalmente, el avión comenzó a caer, no lo podíamos controlar, cuando chocamos con tierra noté que era el único sobreviviente, nada tenía explicación, estaba solo en una isla remota, oscura, sin contacto con nadie, me preguntaba ¿moriré aquí o seré salvado de milagro?

PAOLO RIFFO AGURTO, 15 años, Coronel.

Bolsas en el aire

Cuando hay temporal me encanta ver por la ventana del departamento, al fondo en el cerro Caracol el bosque parece respirar en esos días, donde cada árbol regresa como látigo tras inclinarse ante el señor Viento, generando así ondas que imitan un gran mar de color verde. Pero lo que más me gusta ver son las pocas aves que se atreven a volar en estos días, parecen bolsas en el aire sin ningún destino, imagino volar junto a ellas, arrastradas por el viento, para despertar en un nuevo lugar.

GABRIEL INOSTROZA SÁEZ, 47 años, Coronel.

La laguna

Se dice que en el reflejo de sus aguas se enamoraron, se dice que en sus pastos conocieron el cielo nublado, se dice que recorriendo su alrededor se tomaron por primera vez las manos. Lamentablemente nunca me dijeron el nombre de la laguna y cuando llegué a Conce habían cuatro.

STEFANY CARRILLO JARA, 28 años, Concepción.

Desde mis sentidos

En un pueblo muy pequeño llamado Tirúa, que quiere decir «lugar de encuentro», rodeado de mar, bosques, lagos y ríos, han hecho de mi vida más alegre. ¿Saben por qué?, por el simple hecho de escuchar, olfatear y tocar. Desde pequeña no puedo ver, pero... sin embargo, mi pueblito hace que me sienta en calma, salir a caminar, poder sentir el sonido del mar, el viento en el rostro, tocar los árboles, el sonido de los pájaros y los rayitos de sol en mi cabeza, a eso le llamo lugar de encuentro, pero de encuentro conmigo misma.

JAVIERA YEVILAO GUZMÁN, 14 años, Tirúa.

El ego

Ella no estaba interesada en él, pero le encantaba deslumbrar e iba de Rimbaud a Zurita, de Tarkovski a Larraín, de Rembrandt a Matta, de Telemann a Violeta. Él estaba encandilado con sus manos; mientras ella las movía con gracia él pensaba «son perfectas... y qué ojos». Ella no imaginó que en la playa de Lebu caería un beso, luego la pasión, la lujuria, el amor, la convivencia, el tedio, los ronquidos, el alcohol, los celos, el engaño, el llanto, los cristales rotos y la locura. Otra vez sola, sintió que Rimbaud y todos los demás no tenían sentido.

FULVIO CASANOVA GALLEGOS, 59 años, Lebu.

500 pesos

Me detuve en la Pará del Tonto pa' recoger una moneda, estaba pegada al suelo con pegamento, eso fue muy tonto de mi parte, diez de diez al que se le ocurrió la broma.

VÍCTOR MUÑOZ SEPÚLVEDA, 27 años, San Pedro de la Paz.

Prima ballerina Ardea alba

La garza observó aquellos elegantes cisnes que batían orgullosamente sus alas y se le ocurrió tomar clases en el Petite Dance, porque amaba bailar y sentir la música. Sufrió varias caídas al principio, pero nunca se dio por vencida. Después de un arduo semestre, tuvo su presentación. En el escenario, todas danzaban muy concentradas en sus tutús rosados al compás de Tchaikovsky y la garza actuó el papel principal. Fue tan aplaudida y destacada que se ganó el respeto de sus compañeras y tuvo el privilegio de bailar en la Laguna de Los Patos junto a los otros cisnes.

MACARENA ORTIZ MUÑOZ, 27 años, Talcahuano.

Gatos

Gatos. Gatos son todo lo que veo, por las calles, las casas, los edificios. Están en todas partes. Tienen todos los colores y combinaciones posibles. Naranjos, calicós, blancos, negros, atigrados, grises, cafés. Todos con pelajes únicos, pero todos tan repetitivos a la vez. Sus ojos salvajes y coloridos siempre me miran con cautela. En Concepción yo solo veo gatos. Gatos que caminan, cruzan calles y se hablan los unos con los otros ¿Acaso ya no hay humanos que yo solo veo gatos? Miles, millones de ellos en todas partes, pero a pesar de haber tantos, ninguno se parece a ti.

MARIEL PEREIRA MELGAREJO, 15 años, Concepción.

Mi mejor amiga

Mi mejor amiga no es como la tuya, mi mejor amiga es una linda bolita de pelos que devora todo mi amor cuando lo necesita, mi mejor amiga no es humana, sin embargo, es un ser vivo, mi mejor amiga me consuela cuando estoy triste, mi mejor amiga se llama Esperanza y ella es mi esperanza de vida.

SOFÍA MANRÍQUEZ MARTÍNEZ, 16 años, Concepción.

Yo, chungungo

Soy un chungungo, eso me dijo mi madre mientras estábamos en el cubil de rocas durante la noche. Me contó que somos de Arauco, pero tenemos familiares en Talcahuano, Tomé y Lota. Hace pocos días que existo y aún no puedo cazar solito. Ella me deja entre algas jugando mientras consigue la comida. También me pasea en su pecho para recorrer largas distancias en nuestra hermosa morada.

RODOLFO MEDINA NAVARRETE, 37 años, Coronel.

Los jotes del regimiento

Premio al Talento Mayor

El matadero estaba en calle Irrarázaval, actual Don Bosco, esquina de Baquedano. La feria de animales Rioseco estaba al frente, donde está actualmente la Clínica del Sur. Hasta ahí llegaba Concepción con calles angostas como todas. En las panderetas del Regimiento Guías, ubicado al frente, una cantidad de feos plumíferos negros esperaban pacientemente que los matarifes se retiraran al atardecer. Cuando ello ocurría, abrían sus grandes alas y volaban al matadero para disputarse los restos que quedaban de los vacunos faenados, eran los jotes carroñeros.

LUIS CONTRERAS MENÉNDEZ, 81 años, Concepción.

Perrita oveja

Una perrita obesa y bonachona se convirtió en el símbolo de los animalistas de Conce. Algunos le decían «Queen», porque todos éramos sus súbditos. «Oveja» la llamaban otros, por su pelaje denso y largo que la cubría como si fuera lana blanquinegra. Hace poco que partió a recorrer el arcoíris perruno, pero los penquistas podemos verla aún, regia, inmortalizada en un mural de La Cocina, en Paicaví. Como ya no deambula por la UdeC, los estudiantes que le pedían la bendición antes de los exámenes han tenido que buscar otras estrategias para salir bien, como, por ejemplo, estudiar.

DANIA SALADRIGAS MENÉS, 38 años, Chiguayante.

Resuello

El silencio del alba se rompe con la voz de la partera: «Tráiganme a la gallina más ponedora». Murmurando rezos, toma a la recién nacida que no respiraba y acerca el pico de la «Colorá» a la boca de la bebé. Minutos después, la gallina se desploma en el suelo. «Si la gallina recupera el resuello, la Maurita va a vivir». La recién nacida rompe en llanto, mientras la «Colorá» cacarea y revolotea por el fogón, alardeando del poder de su resuello.

WALTER MIRANDA BALLE, 36 años, Concepción.

Laguneando en la UdeC

Cisnes encantadores con su cuello negro como la noche y su nariz roja como las manzanas. ¿Por qué no ser uno de ellos? Alimentarse de pan, ¡ñam! Ser visitado todos los días y ser el protagonista de las cámaras. Realmente me hace sentir mucha envidia. Atte: Paloma Blanca.

EMILY RIVAS FREDES, 12 años, Concepción.

La UdeC me contó un secreto

El otro día se me hizo tarde estudiando en la Central, estaba sentado en uno de los castigados cuando la UdeC me contó un secreto. Me habló de las miradas que intercambiaron mis padres antes de conocerse. Me contó cómo caminaron de la mano y de las fotos que se tomaron el día que se casaron. También sobre mi abuelo, caminando a la Agüita, mirando la futura universidad de sus hijos y nietos. Ya tengo que volver a mi casa, solo espero que la UdeC no le cuente a nadie que esta es mi cuarta vez dando Ecuaciones Diferenciales.

CRISTIAN RAMOS CANDIA, 21 años, Chiguayante.

La sesión imposible

Llegas a la casa después de unas largas clases y te sientas a jugar en Steam, pero te pide volver a iniciar sesión, le haces caso, pero te dice «Nombre o contraseña inválida». Piensas «será que me equivoqué». Pones de vuelta la contraseña y el nombre te dice de vuelta «Nombre o contraseña inválida». Piensas «OK, haré una nueva contraseña». Pones tu contraseña que ya tenías y te dice «La nueva contraseña no puede ser la anterior contraseña». Te enojas porque te decía antes que esa no era tu contraseña. Vuelves y ahora sí te deja, te tranquilizas y entras al fin.

ALONSO ÁLAMOS ORELLANA, 11 años, Cañete.

Condorito

Condorito es todo un personaje y ha causado mucho revuelo. Le toman fotos, le cuentan chistes y hasta le piden consejos. Cuentan que hasta abrió su consulta donde llegan muchos personajes, pero a él le gusta charlar en su banca ubicada en calle O'Higgins y siempre anda vestido de verano: usa short y una polera a rayas. Dicen que cuando se perdió el 14 de febrero habría ido con su enamorada Yayita a visitar Pelotillehue. No estaría de más que en Tropi Conce le dejaran un paraguas y quizás un GPS para los malandras que lo quieran cambiar de casa.

MONSERRAT MONTIEL CASANUEVA, 50 años, Concepción.

Uno de cien viajes

Al subir debes mostrar tu pase escolar para pagar tu pasaje y el chofer amablemente te saluda, agradece e invita a pasar a sentarte. El viaje es tranquilo, el conductor maneja con precaución y al bajar te desea un buen día, empezar tu semana con este tipo de gestos es genial, pero pocas veces pasa.

ALEJANDRO GARCÉS ALTAMIRANO, 38 años, Lota.

La micro bala

El otro día me subí a una micro las galaxias, el conductor iba medio apurado, iba súper rápido hasta que empezó a rebasar al tren bala, el conductor se parecía a Paul Walker, con razón iba tan rápido.

AGUSTÍN ALARCÓN ACUÑA, 13 años, Concepción.

La N.º 80

Me subí un día soleado después del peor certamen. Al fondo de la micro, un viejito sentado junto a la ventana, iluminado de forma divina por el sol. Me senté junto a él y comenzamos a conversar de la vida, pero siempre teniendo una sensación extraña. Llegó mi paradero en Colón, me despidió y le deseo que llegue bien a su casa, él solo sonríe levemente y asiente con la cabeza, aún muy iluminado. La sensación continúa. Habrá sido Diosito, un ángel, qué sé yo. Tal vez solo fuimos seres arriba de una galaxia.

JOAQUÍN REBOLLEDO ESTRADA, 27 años, Talcahuano.

La gota

El día amaneció soleado, con escasas nubes. En la tele dijeron que la sequía sería terrible este año. Pero hoy pasó que en Concepción cayeron algunas gotas de lluvia y empezó el viento. Por casualidad un amigo me regaló una caja de cartón grueso y un nylon para pasar la noche. Me arrimé al mejor rincón del centro, a orillas de una tienda. Metí la frazada y nos acurrucamos con el Tomy, mi perro. Nos comimos a medias un pan y escuchamos caer la lluvia sobre nuestra casa improvisada... Menos mal que hay sequía, pensé... y nos dormimos.

CARMEN CASTRO OTÁROLA, 65 años, Concepción.

Los bandidos

Premio al Talento Infantil

En mi curso hay un bandido que se roba toda colación, juguetes, útiles, hasta chaquetas. El otro día me robaron mis útiles de arte. Los profesores piensan que es uno del curso, pero no saben que en verdad es un bandido que sube volando con unos zapatos mágicos y baja uniendo todas las chaquetas que robó, el resto de cosas las pone en una bolsa de papas y las vende en la feria de Lomas Coloradas.

ISIDORA BARRIENTOS MORA, 10 años, San Pedro de la Paz.

La gran pesca

Se estaba haciendo de noche y esperaba en el muelle de Lota a mi abuelo que llegara de la pesca. De repente apareció en el velero Santa Catalina. Pensé que no le había ido bien, pero no contaba con que él llegaría con una gran sorpresa. Al llegar a tierra fui a hablarle. Y me dijo que estaba muy bien, ya que dentro del velero había un gran lenguado que medía tres metros. Me puse tan feliz que me coloqué a llorar con él, pues al fin logramos obtener una gran cantidad de dinero por ese pescado.

ANTONIA RUIZ SALAS, 12 años, Lota.

Chepino

Mi papá nació en el cerro Chepe, cuando aún había casas en la cúspide del sitio. Él y sus hermanos se reunían al centro de la vivienda después de andar piluchos jugando con los vecinos a la chueca; con los pies chuñentos de barro entraban corriendo aún agitados mientras mi abuela les gritaba agitando el cucharón del caldo de pata: «¡voy a darte un tatequieto!», decía, como si fuera una sola palabra. Afuera la calamina resonaba con la lluvia, adentro el chonchón iluminaba la velada, y no se paraban del suelo a menos que la olla quedara completamente pelada.

JUAN COLIPI VERA, 24 años, Concepción.

El efímero sueño del Banco de Rere

Alrededor de 1889 un hombre emprendió la tarea de arreglar su casa para alquilarla al Banco de Rere. Ilusionado, invirtió tiempo y esfuerzo en restaurar cada rincón de la vivienda de adobe. Los muebles relucían, las paredes retocadas con mortero de cal y los jardines florecían. Sin embargo, el destino fue caprichoso, el Banco Privado de Rere no obtuvo la aprobación del Gobierno, la casa de Luis quedó vacía, con una sombra de sueños rotos, las esperanzas y las transacciones se desvanecieron en el aire dejando tras de sí los singulares billetes de 20 pesos impresos en Londres.

CLAUDIA MARTÍNEZ BARRA, 47 años, Concepción.

Mi abuelita me contó

Mi abuela Panchi me contó que en el sector de Playa Negra de Penco varó el vapor El Perú, el 22 de julio de 1941, a causa de una gran tormenta. La gente bajó de los cerros y se lanzaron a la playa a recoger lo que la mar tiraba. Yo pensé que era un cuento, pero años después visité una casa muy humilde en un cerro de Penco, arriba de Fanaloza, y puede observar que en el living de la casa había un hermoso juego de loza de lavabo antiguo, estoy segura que era de El Perú.

GINA SAAVEDRA CARRASCO, 59 años, San Pedro de la Paz.

La gallina milagrosa

En una mano un palo, en la otra una gallina... Ahí venía doña Rita subiendo la loma, camino San Antonio... ¡Supe que ha estado re enferma!, dijo. Aquí le traigo una gallina milagrosa... Mi gallina vale \$8000, le dará buen y milagroso caldo, me paga mañana, si amanece viva.

ELIZABETH HORMAZABAL JACOBI, 65 años, Concepción.

El retorno

Las canchas de tierra de los cerros de Talcahuano son bravas. Acá no hay espacio para los débiles. Nadie caerá al durísimo y abrasivo suelo si la patada no es realmente fuerte y malintencionada. No hay temporal de invierno que detenga la pasión por los colores del barrio. Los domingos, desde muy temprano, comienza a rodar el balón en el Chaparral. Y aunque en Santiago jueguen una final y todo el país esté pendiente, nosotros vamos a la cancha a ver un verdadero clásico. Los Cavernícolas contra los Come Caballos. Más encima dicen que vuelve a jugar el guatón Hugo.

SERGIO LÓPEZ OTEY, 46 años, Talcahuano.

Estandartes

Los cortejos fúnebres de los antiguos vecinos de Talcahuano eran encabezados por los estandartes de las instituciones a las que pertenecía el difunto. Agrupaciones deportivas, sociedades de socorros mutuos y asociaciones de jubilados eran representadas por sus portaestandartes. Más de una vez mi padre nos preguntó cuántos habría en su entierro. Vivió 92 años en silencio y murió el 2022. En su funeral los discursos fueron traducidos a lengua de señas. Hubo solo dos estandartes, los que no podían faltar: el de la Asociación de Sordos de Concepción y el de la Agrupación Deportiva de Sordos de Talcahuano.

ENZO OSORIO SALVO, 58 años, Talcahuano.

El diablo del paseo peatonal

En el paseo peatonal en Concepción un amigo que vive en la calle me contó que por las noches el diablo vestido de negro pasa donde vive él, fuera de una tienda en Concepción. Le dice: «Buena, hermano», y le prende el mejor cigarro que ha fumado en toda su vida, pero cuando pestaña este desaparece dejando un olor a flores de cementerio. Lo espera todas las noches, algunas veces pasa a pedir fuego o simplemente pasa a saludarlo, pero siempre con un buen cigarro que lo hace dormir toda la noche sin miedo a los hombres ni a Dios.

CLAUDIO UNZUETA CAMPOS, 41 años, Concepción.

Risitas

Un globo rojo fue lo primero que vi apenas salí de mi casa. Confundida miré a mis alrededores sin encontrar nada, ni una sola alma en la Plaza Bélgica. Asustada comencé a caminar hacia el negocio de la esquina, cuando llegué este estaba desolado, solo con una luz parpadeante colgando del techo. Empecé a buscar las papitas que quería, pero cuando fui a la caja a pagar escuché unas carcajadas que me erizaron, retrocedí en mis pasos y cuando asomé la cabeza afuera por la puerta vi que al final de la calle caminaba un payaso. Hacia mí.

CATALINA GONZÁLEZ LUENGO, 16 años, Concepción.

Las tres pascualas: Almas perdidas en la noche de Pascua

En una noche sombría, tres pascualas emergieron de la oscuridad en un pueblo olvidado de Chile. Vestían atuendos enigmáticos y sus ojos brillaban con malévolamente intensa intensidad. Los lugareños decían que eran espíritus vengativos en busca de almas perdidas. Quien se topaba con ellas quedaba atrapado en un bucle macabro, condenado a revivir sus peores pesadillas. La leyenda de las tres pascualas infundía terror en cada rincón, recordando a todos que en la noche de Pascua, el mal también podía caminar entre los vivos.

CRISTÓBAL SALVO SOBARZO, 15 años, Concepción.

Túnel Lirquén

Me sumerjo en la oscuridad voluntariamente con miedo, pero que parezca valiente. Escucho pasos que no son mis pasos, risas que no son mías. Calma corazón, digo, no caminas sola, una nueva aventura, pienso, veo luz al final del túnel y es como un sueño: arena blanca y aguas cristalinas, un pequeño paraíso que solo un alma en busca de aventuras se atreve a cruzar.

MARTA SALGADO ROJAS, 36 años, Concepción.

Monstruo de lugas

En el verano nos reuníamos con mi hermano y mi prima para ir a la playa. En el mar nos transformábamos en monstruos de lugas, verdes, viscosos y con un tremendo estilo, debo decir. Extraño ser libre en el mar lleno de lugas, sin tener que ser un adulto el cual no puede ir y lanzarse al mar para remojarse entre lo salado y esas algas verdes y viscosas.

CAMILA VERA ANDRADE, 31 años, Tomé.

Ovalada profecía

La abuela Pepa siempre andaba con su gallina bajo el brazo, «la Susan», la llamaba. Un huevo de color más marrón significaba que venía un temblor. Un huevo más amarillento era que alguien caería gravemente enfermo. Y cuando era un huevo azul, la abuela Pepa se lo advertía a todos, alguien moriría. Todos se guardaban en casa cuidándose de la advertencia, otros le venían a dejar una ofrenda a la Susan para protegerse, locura o profecía era mejor no jugar con la suerte.

CAMILA BUSTOS ROMERO, 28 años, Concepción.

Los Álamos

Pequeña ciudad, Los Álamos, me dije al poner mi pie en ella. Observé sus casas, calles, rostros de personas. A nadie conocía aún; pero, sabía que viviría allí. Los letreros indican nombres conocidos de localidades desconocidas. Curiosa mezcla de ideas. —¡Hola! —dice alguien al pasar —¿Vecino nuevo o alguien que regresa? —me preguntan. No hay duda de que aquí se conocen todos, me dije íntimamente. —¡Vecino nuevo! —respondo. Ha pasado el tiempo, mucho tiempo y la hacienda Eyheramendy terminó en ciudad. Mucho desde el inicio de 1900 cuando mi abuelo tomó sus cosas y partió. Hoy regreso a saldar esa ausencia.

LUIS FLORES OLAVE, 67 años, Los Álamos.

Recuerdos

Cuando llovía copiosamente en Hualqui, era habitual que mi mamá nos diera deliciosas castañas mientras nos calentábamos los pies en el secador de mimbre que se ponía sobre el brasero e inventábamos historias de terror, esperando la hora de ver los monitos animados en la TV. Cuando la lluvia cesaba, todos mirábamos el humo que salía de los cerros que quedaban detrás del río Biobío, pensando que eran las brujas encendiendo sus calderos para hacer sus hechizos. Nunca las vimos, pero hoy después de cincuenta años sigo mirando el cerro por si acaso.

XIMENA ORTEGA DOMÍNGUEZ, 54 años, Hualqui.

La Mireya

Rauda iba caminando por calle San Martín, cuando una mujer de ojos grandes y mirada fuerte me toma la mano para decirme que cerrara mi cartera que iba abierta. La miro fijamente, cierro el bolso y tomo la siguiente micro. Luego, mirando el teléfono, me percató que la misteriosa mujer es nada menos que la famosa Mireya, tan conocida por todos, y hasta ese día, tan desconocida para mí. *El Sur* acababa de sacarle un reportaje, el cual apareció apenas subí a la micro. Mientras viajaba, cerré los ojos y repasé mentalmente el breve encuentro con la otrora desconocida mujer.

AMAIA NAHUEL, 39 años, San Pedro de la Paz.

Diáfana

No estoy seguro si fue el destino pétreo o el azar inestable, lo cierto es que me enamoré de una chorera. Me atrapó su autenticidad, su sonrisa que se confundía entre oleajes y nubes de una tarde de lunes caminando por el puerto. ¿Qué viene después del enamoramiento? No tiene nombre, pero lo padecí cuando la vi fusionarse con el mar. ¿Será locura? Probablemente. Se alejó en cuerpo y alma. Se convirtió en Océano Pacífico (o el océano se convirtió en ella). Permanece ahí. Indiferente. Imperecedera, recibiendo de vez en cuando botellas con cartas de amor.

JAIME RAMÍREZ CIFUENTES, 31 años, Concepción.

Terapia penquista

La luminaria precaria, amarilla, miserable; el piso brillante gracias a la densa escarcha que atravesaba cual puñal frío los huesos; las lágrimas volátiles por el festín del Concepción ventoso. Como un buen zamarreo, la ventolera golpeó el rostro y lo despejó. Se paró en seco, descansó en las hojas de los ciruelos arremolinándose cual fantasma dulce, tomó un pedazo de papel ya usado de su abrigo gris, se limpió la nariz y sonrió con los ojitos hinchados. Solo hacía falta una vuelta por Cochrane para volver en sí y recordar lo bueno de la vida.

VALERIA FIERRO GALAZ, 34 años, Hualpén.

Invierno y primavera

Aunque no es su tiempo, ella lo visita en agosto, silenciosa. Cuando él la ve, sopla una suave canción en sus oídos. La rodea con brazos fuertes. Por pocos días bailan, se ríen, se fusionan. Él deshoja su vestido mientras su perfume lo envuelve. Las semanas que siguen son tristes, una mezcla de viento, lluvia, frustración y rabia. En septiembre ella regresa para quedarse, radiante, imponente, preciosa. Él la contempla con amor y nostalgia. Retrasa lo más que puede el momento de marchar. Se despiden sin prisa, construyendo la ilusión del abrazo que el siguiente año los espera.

PATRICIA GÓMEZ HERRERA, 50 años, Concepción.

Otro día más

Ya era de noche, el día había sido tranquilo, dimos un pequeño paseo por la plaza de Coronel, aunque fuera de eso no hicimos mucho y ya podíamos descansar, se había hecho costumbre dormir juntos, cuidarnos... Amaba sentirme así con él aunque fuera un simple animal, siempre daba todo por mí como yo lo daba por él. Ya me había quedado dormida hasta que de repente un ruido fuerte me despertó, vi debajo de la cama para percatarme si él estaba bien, con la esperanza de verlo, pero es difícil, después de tantos años aún no sé superar su muerte.

IGNACIA DURÁN TAPIA, 15 años, Coronel.

Enterrado en la bodega

El pesquero recaló en Coronel y atracó a la yoma para descargar. Abrieron las bodegas y entonces vi al Beto cruzar por las bodegas de popa de babor a estribor pisando el pescado. Una bolsa de aire en la bodega central no se lo permitió, hundiéndose en la masa de jureles, dejando solo su mano a la vista. Rápidamente le amarramos la mano y lo levantamos con la grúa. Estaba arañado, todo morado, ensangrentado, pero vivo. Su apuro lo accidentó, y el nuestro lo salvó. Todavía recuerdo ese momento de angustia, uno de tantos en el pontón de descarga.

HUGO FARIAS GAMBOA, 62 años, Coronel.

Oscuridad

No hay luz, me siento atrapada en este espacio, no siento pasar aire por mis pulmones. Pienso que es el fin, veo una luz al final del túnel, tal vez no pueda salir de la mina del Chiflón del Diablo.

SOFÍA RUIZ SÁNCHEZ, 17 años, Concepción.

El Chiflón del Diablo

Había una vez un minero en la mina cuando, de repente, escuchó un ruido a lo lejos más o menos así: «chuchuchus». Así que fue a mirar y no había nada, por lo que siguió trabajando cuando, de repente, se escuchó de nuevo «chuchuchus». Volvió a ir a ver y de nuevo no había nada y siguió trabajando como siempre y otra vez escucha el «chuchuchus». Ahora, ya enojado, fue a mirar otra vez y se encontró al Diablo cantando la canción «chuchugua, chuchugua, chuchugua gua gua». Tanta risa le dio al minero, que se murió de la risa.

RENATO ALARCÓN PARRA, 8 años, Lota.

El Señor Cid

Premio al Talento Joven

El despertador sonó a las nueve de la mañana, como era usual. Me levanté y vestí con ropa de domingo, listo para salir. Tomé desayuno, café con pan tostado con mantequilla. Al salir pasé al puesto de flores donde compré las más preciosas, y luego, dirigiéndome por el camino de piedras entre las lápidas, me detuve en la que enuncia-ba «Familia Cid Roa». Y me senté en ella, aguardando, hasta que por el pasillo divisé a mi esposa, a mi hija y a mi nieta. Luego de observarlas orgulloso, desaparecí, de vuelta a mí tumba.

MARÍA-JOSÉ NOVOA CID, 16 años, Chiguayante.

Puentes en mi mente

Cada mañana tomaba la San Remo para irme al Duoc del centro. Solo deseaba que hubiera niebla, para que al cruzar el Puente Viejo se tragara la micro y nos hiciera desaparecer, como en un episodio de *La dimensión desconocida*, transportados a otro mundo quizás para siempre, hasta que aparecía la otra orilla y la ciudad, entonces me acordaba de que iba a clases, dejando atrás el río y su cinematográfica presencia.

LORENA GONZÁLEZ QUEZADA, 49 años, San Pedro de la Paz.

Los picarones del poeta

Me hubiera encantado conocer el mercado antes del incendio; conocerlo esplendoroso y caótico. Recorrer sus pasillos llenos de colores, aromas y ruidos. Entrar en una cocinería y pedir esos picarones que tanto le gustaban a un famoso poeta. Siempre que paso por la calle Freire veo los restos del mercado, cerrado y en ruinas. Sus arcos se elevan sobre la ciudad como el esqueleto de un gigantesco pez, como esos que tanto le gustaban al poeta.

FELIPE TORRES PÉREZ, 35 años, Concepción.

Cecilia y el arrullo del mar tomecino

¡Profesora... de nuevo: «Puré de papas»! La docente debe rendir un tributo en sus cursos a la hija predilecta de Tomé. Gracias a la web llena de música la sala con «Puré de papas», «Baño de mar...», «Aleluya», «¡Nooche, plaaaaya... Las olas al chocar parecen murmurar...!»». Ha muerto una cantante que siendo joven representó la identidad de Tomé, conocida como «Cecilia, la incomparable». El silencio se interrumpe por aplausos que invitan a un QEPD. Hoy, desde Werner Alto, miro al Cementerio N° 1. Junto a los suyos descansa. Alrededor del ánfora hay un arrullo de mar y una voz musical envuelve a Tomé.

PATRICIA DEJAIFFE MOENA, 61 años, Tomé.

La incomparable

Tomé la vio nacer y crecer. El olor del mar, los humos de la icónica fábrica acompañaron su niñez y juventud. En su colegio gritaban «¡que cante, que cante!», y el carnaval colegial recibía su voz. Corría y paseaba a caballo. Fue el teatro de la época el que oyó sus primeras entonaciones. Un sello, unas canciones, Los de Tomé, un éxito de una nueva ola y en su ocaso las olas en el mar se juntarán a sus cenizas las que recorrerán por siempre, como lo hiciera, las caletas de Cochohgüe y Coliumo, las orillas de su amado Tomé.

PAULA MORALES G., 54 años, Los Ángeles.

Maletería González

Quizá tus abuelos o padres deben conocer la Maletería González, un antiguo negocio de Concepción. Don Mario, su dueño, todos los días atiende a sus clientes, a más de alguno le ha contado sus historias. Un hombre sacrificado que perdió a sus padres a los 2 años. Solo cursó hasta segundo básico, pero se esforzó y trabajó duro para tener su maletería. Pensar que le hizo una maleta al papa Juan Pablo II. Tantas historias en Rengo 618, que en cien palabras quedo corta. Si pasa por ahí, pregunte por don Mario y observará que los sueños son para cumplirlos.

NATALIA GAMONALES GONZÁLEZ, 45 años, Concepción.

Vida fugaz

Y ahí se esfumó; mi dignidad, mi vida, mi identidad y otras cosas. Escapó de mis manos porque cedí demasiado y estaba desilusionada de mí. Se me había volado la cometa en playa Maule, escapándose a recorrer las ciudades, países, mundos y galaxias, para descubrir las verdades del universo dejándome atrás, llenándome de un vacío existencial por mi reciente pérdida. Todo porque se me olvidó amarrar el hilo.

GÉNESIS CARTES CARRASCO, 17 años, Coronel.

La caleta

Premio al Mejor Relato de la Memoria

El tiempo detenido en caleta Tumbes, al alba los pescadores traían en sus botes los productos para vender. Algunos procesaba la Mery cociendo ollas de caracoles y en las tardes, al lado del fogón, todos sacábamos con un alfiler el cuerpo cocido que sería vendido en Las Canchas. Hasta ahí llegaba nuestra visión del mundo. Teníamos el mar en nuestra piel que nos hacía nadar y volar. Fuimos felices hasta que nos robaron el encantamiento. Septiembre, barcos iban y venían de la isla Quiriquina. Silencio sepulcral en la caleta. Con 10 años no se comprende el horror. Hoy pude llorar.

MARÍA EUGENIA MORAGA CARTES, 65 años, Los Ángeles.

Retumba Tumbes

El olor del fuego enciende las cacerolas que hierven los carapachos entre los pasadizos de ropa colgada frente al mar. Los colores de los barcos estacionados te persiguen por su calle larga. Los pescadores te miran mientras consumes el último sorbo de mate. Ellos huelen el vino ácido de la pesca mientras suben las anclas para emprender el vuelo. Las estaciones pasan en un día, digo, mientras Tumbes retumba con los muertos desaparecidos de la Isla Quiriquina. Nadie dice nada.

LUCÍA NORAMBUENA MARAMBIO, 34 años, Chiguayante.

Cuartel Bahamondes

En la esquina de Chacabuco con Caupolicán me lo crucé por primera vez. Quedé helado. Sus ojos, el contorno de su nariz. Imposible olvidar ese rostro. Él no me reconoció. ¿Quién recordaría a uno de tantos? La segunda vez me lo encontré por el Parque Ecuador y lo seguí. Dobló por Lincoyán y entró a una tienda de mascotas. Entré también y lo escuché hablar. Su voz me llevó de golpe a esa noche. Agosto del 84. La patrulla, el cuartel, el interrogatorio, la pateadura, los gritos. Atiné a salir de la tienda. No le dije nada.

IGNACIO B. MORALES, 33 años, San Pedro de la Paz.

La puerta

La puerta tenía marcado un puñetazo. Todos sabían que la imperfección de aquel pedazo de madera era resultado de un momento lleno de violencia. Pese a eso, nadie la había reparado. El cura de la iglesia había pedido que la dejaran así. «Hay ciertas marcas que no se pueden reparar», replicaba. Además, pese a la imperfección, la puerta le parecía mejor. El cura a nadie le había dicho que esa puerta la había construido su padre de unas tablas de queule tobecino y que el golpe era suyo cuando supo que su hermano había muerto en La Quiriquina.

MANUEL JIMÉNEZ MARDONES, 33 años, Tomé.

Laguna Redonda, del amor al terror

La primera vez que la vi quedé encantado, es que ¡es hermosa! Una laguna perfectamente ovalada, rodeada por cerros, vías de tren y la gran avenida que conecta los edificios de la UP con la modernidad. Sinceramente me fascinó. Ha pasado un tiempo, y actualmente sé un par de historias de ella. Confieso que ahora me aterra caminar de noche por ahí, cosa que hago muy a menudo. Me aterra no tanto por los supuestos navajazos que allí me esperan, sino, más bien, por esos sauces que lloran y ese ojo salado que me mira.

MARCO RIFO HERRERA, 21 años, Concepción.

Paz

Me acuerdo que era viernes porque mi mamá cumplía 32. El regalo de mi papá fueron golpes. Me acuerdo que pensé «ahora sí no salimos de esta». Me acuerdo de los pacos que nos fueron a buscar y dejar al hospital. Nos llevamos la ropa y al perro el sábado; todo el camino a Penco con un nudo en el estómago. Ese lunes volví a clases como si nada. Nadie sabía que se me había levantado un peso del pecho. Los monstruos que cargamos no se ven, mucho menos pensar que los lleva encima una niña de 12 años.

JAVIERA ALBANÉS PALMA, 26 años, Penco.

Aire

Sintiendo el aire entrando a mi casa en Lagunillas, ahí seguía gritándome. «¿Otro sándwich?», dije mientras buscaba el veneno para ratas.

SOFÍA MUÑOZ PEÑA, 16 años, Coronel.

Un problema frecuente

¿Qué quieres comer? No sé, algo en el centro. Quedé donde mismo.

GABRIEL PAULINO MARIANI, 23 años, Talcahuano.

Un abuelito

Llueve a cántaros... Tengo frío... Estoy solo... Mi abrigo se rompe y mi piel se congela cada vez más. Todo está en tonos tan oscuros y sombríos que siento que mi vida no tiene sentido... ¿Acaso no hay un resplandor que pueda salvar mi pobre y delicada alma? Ya es de noche. Solo siento el gélido viento y la esperanza de que mañana será un hermoso cálido día... pero, no sé si mañana realmente será soleado, nublado, lluvioso, helado o caluroso... Lo único que sé y amo es volar y que un abuelito me regale pan picado en la Plaza Independencia.

MOISÉS VERA MERINO, 15 años, Concepción.

El rincón de la pérdida

En un rincón olvidado del tiempo susurros melancólicos envolvían el alma de un anciano. «He perdido tanto», murmuró. Sus ojos reflejaban historias apagadas, anhelando recuerdos perdidos en la neblina del olvido. Pero, en un último destello de esperanza, encontró la paz al comprender que el amor resiste en cada latido del corazón.

JOSÉ TOMÁS QUINTANILLA SAN MARTÍN, 14 años, Coronel.

Rigoberto

Estoy en la vereda de Antihuala y veo a un hombre viejo,
con un casco de obrero, triste y cansado. Es mi papá.

ROCÍO PEÑA PUEN, 20 años, Los Álamos.

¿Estás seguro que soy yo?

Este cuerpo no es mío, ni estas manos, este cabello, estos ojos, este olor... Nada de esto me pertenece. Esto es solo una cáscara vacía que todos me arrebatan, se visten con mi ropa y de mí se disfrazan. Esta situación me está cansando, me llena de ansias. Eso que ves caminando por las calles de Concepción, con mi carne y huesos, nada de eso es mío, puedes asegurarte de ello.

ANTONIA RODRÍGUEZ BASTIDAS, 14 años, Coronel.

Camino al silencio

En mi calle pasan todo tipo de transportes, desde autos, micros, motos, bicicletas, patinetas, camiones, hasta he visto tractores y unas carretas tiradas por caballos. Pero lo más triste es ver carrozas, unas llenas de flores y otras con un cajón adentro, detrás de ellas van vehículos o micros, pero algunas veces van solo personas caminando, cantando o en silencio, con el sol pegando en sus cabezas o con la lluvia que disimula su pena. ¿Cuántas historias se lleva consigo?, ¿habrá terminado todo lo que quería hacer? Qué terrible debe ser cerrar tus ojos y solo sentir el silencio.

YANIS BUSTOS CAMPOS, 11 años, Concepción.

Hija de pirquinero

En un cerro de Curanilahue encontré una niña en cuclillas mirando fijamente al interior de un oscuro pirquén. Se dio vuelta, mirándome con sus ojitos negros, temerosos y angustiados. Sus manitos sostenían la punta de un cordel que venía del fondo de la cueva. —¿Cómo te llamas? —Esperanza. —¿Cuántos años tienes? —Ocho. —¿Qué haces? —Estoy esperando a mi papá y a mi abuelito que buscan carbón en la cueva. —¿Y para qué es el cordel? —Si siento tres tirones, tengo que correr al pueblo y avisar para que vengan los bomberos. Luego vi muchas grutas con flores y lloré.

JUAN HERNÁNDEZ VIVANCO, 73 años, San Pedro de la Paz.

Raíces del sol

Viejo, préstame el abrigo y salgamos a caminar. Empecemos en los adoquines del Colo Colo antiguo del jardín de doña Alicia, bajemos hasta Carrera y sigamos hasta la rotonda Bonilla. Vamos camino a Cabrero y en el letrero de La Quebrada de los Ulloa subamos un par de kilómetros. Descansemos un rato mirando las figuras de greda en este bus antiguo y sigamos el paso. Llegué, te traje *El Sur*, en tu honor leeré en voz alta la página dos. Está rico el sol bajo el ciprés donde descansan tus cenizas. Voy a dormir un rato, tú me cuidas.

CAMILA ORTIZ EADE, 39 años, San Pedro de la Paz.

Buenos días

Mi mirada paseaba cada día por las afueras del hospital regional, camino al colegio. Por calle San Martín siempre chocaba visualmente con el mismo caballero a las afueras de un estacionamiento, una sonrisa y un «buenos días» era lo que siempre me regalaba. Lluvia o sol, él siempre estaría ahí cada mañana, y yo, esperando el final de sus «buenos días» dentro de unos pocos meses más.

MURIEL VELÁSQUEZ CARLSSON, 18 años, Chiguayante.

Previsora

Mi bisabuela, campesina de Quilleco, siempre procuró anticiparse a todo, incluso a su muerte. Con 70 años asumió que poco tiempo le quedaba, compró un ataúd y junto a su cama lo dejó, esperando que su momento llegara. Pero su salud no desmejoraba y el féretro solo de polvo se llenaba. Hasta que cierta vez le pidieron el ataúd urgente, un vecino había muerto, que devolverían el que al pueblo fueron a buscar con prisa. La petición se repitió varias veces. Su momento al fin llegó a los 105, con el noveno ataúd que junto a su cama siempre dejó.

JUVENAL RIVERA SANHUEZA, 50 años, Los Ángeles.

El Chiflón del Diablo

En la profundidad del Chiflón, Carlos luchaba por sobrevivir. El polvo asfixiante y el estruendo constante lo envolvían mientras buscaba la salida, un derrumbe repentino lo dejó atrapado. Sus gritos se perdieron en la oscuridad sin respuesta. El tiempo pasó y pasó. Carlos no lo logró. Con el tiempo el resto de mineros volvieron a trabajar en la mina, pero ya no solos, los gritos de desesperación de Carlos aún retumban en las paredes de la oscura mina. El cuerpo de Carlos no apareció, lo único que quedó fue su casco amarillo y la foto de su esposa.

GUSTAVO LOYOLA MUÑOZ, 15 años, Concepción.

Mi tata decía...

Mi tata solía contarme una historia cada vez que veíamos el cerro Manquimavida. «Hija, ¿sabes que el cerro es un volcán dormido?», me decía, y yo le respondía incrédula: «Pero, tata, ¿cómo puede ser un volcán dormido si está cubierto de árboles?». Con paciencia, él me explicaba: «Cuando los volcanes duermen, se cubren, al igual que tú cuando te duermes. Pero cuando despierten, todo eso desaparecerá, como cuando te quitas las mantas». Sus palabras me dejaban pensando durante mucho tiempo. Ahora, también le cuento esa historia a mi hermana pequeña y comienzo diciendo: «El tata decía...».

JAVIERA SANZANA ROSAS, 24 años, Chiguayante.

El campanario de Arauco

Frente a la plaza de Arauco lucía imponente un campanario construido en los años 20, perteneciente a la parroquia San José. Con la luz lunar de medianoche, la sombra de la cruz en su cúspide caía sobre una baldosa de la plaza. Según contaban los antiguos, si la pisabas en el plenilunio te conectabas con el mundo mágico, mítico y ancestral del lugar. El campanario resistió al terremoto del 39 y del 60, pero con un estrepitoso colapso, él y su encantamiento, quedaron reducidos a escombros el 27F.

INGRID ESCOBAR ULLOA, 32 años, Concepción.

Darwin en 2023

Su barco atracó en el puerto de Lirquén. Después de realizar los trámites en la aduana, el SAG le quitó todas las plantas, hierbas y cosas raras. Tomó un bus a Concepción donde un perro venía en el pasillo; esto lo sorprendió, tendría que nuevamente trabajar en la teoría de la evolución. Su interés era aprender sobre los terremotos, por lo que le recomendaron ir al parque Bicentenario. Sorpresa la de él, que justo era 18. No fue más; le dieron tres terremotos y lo único que aprendió es que con guatita vacía más fuerte te agarra el otro.

NATALY RIVERA AGUILERA, 35 años, Concepción.

Ciclo penquista de la vida

Naces. Creces. Te preguntan dónde estabas para el terremoto. Mueres.

ALONSO VEGA CAÑETE, 21 años, Concepción.

La Fiesta del Camarón

Mención Honrosa

Es terrible ir a una fiesta en donde se comen al festejado.

ROBERTO DE LA PARRA, 55 años, Coronel.

**BIOBÍO
EN 100
PALABRAS**

**PARTICIPA HASTA EL
7 DE OCTUBRE DE 2024 EN
www.biobioen100palabras.cl**

PRESENTAN



ORGANIZA



COLABORAN



MEDIOS ASOCIADOS



SABES CL

